

14- 300

El terremoto de Valdivia.

Por Fernando Santiván

No es posible abarcar una catástrofe de vastas dimensiones en una descripción objetiva. Nuestras impresiones quedan reducidas a un pequeño círculo personal que acaso no interese a los demás. Procuraré expresar lo que he visto y sentido.

Dormía una pequeña siesta de convalesciente en un diván de mi escritorio y aun me desesperaba al borde del lecho, cuando comenzó el temblor. Como durante la noche anterior había ocurrido un largo y fuerte temblor que por fortuna no tuvo consecuencias demasiado desagradables para la ciudad y para nosotros, supuse se trataba de otro igual y no me produjo alarma; pero cuando procuré abanzar hacia la puerta no pude sostenerme de pie y caí al suelo como si una mano invisible me hubiese empujado.

-¡Carabai! - pensé. - He quedado débil después de mi enfermedad!

Pero los nuevos temblores zarandearon los muebles y juntaron las paredes unas sobre otras con violencia de huracán. Las tres mujeres de casa, mis dos hijas y su madre, lanzaban agudos y prolongados gritos de angustia, agrupadas en un pequeño pórtico de la puerta de salida al jardínillo. Procuré reunirme con ellas y no recuerdo como lo hice, pues ya la violencia del temblor era tal que me hacía bailar de un lugar a otro. Reunidos los cuatro en el pequeño cajón del "porch" nos sostuvimos un momento abrazados mutuamente para no caer; poco después mi mujer cayó de rodillas y comenzó a clamar al cielo en la forma que en casos semejantes empleaban nuestros antepasados:

-¡Misericordia!... ¡misericordia, Señor!... Santo fuerte, Santo inmortal!... ¡Somos pecadores!... ¡Perdónanos, Señor!

No sé por qué estos gritos de tremenda angustia no reconfortaron e hicieron que se me apaciguaran mis nervios. Por la puerta abierta llegaba un clamoreo poderoso, agudo, penetrante de mujeres, hombres y niños. Lullidos de perros se unían a los gritos humanos. Vi pasar por el patio de la casa vacía una bandada de gallinas blancas que gritaban pavoridas. Mi mujer vio dos amesas nubes de pajarillos, acaso gorrinos, que huían volando con gran ruido de alas.

A nuestro costado, un vasto edificio de dos pisos, aislado a medio del gran patio vecino, se cimbraba como péndulo invertido o colcañaveral que fuera sollicitado por vientos contrarios. Yo calculaba pidiéndole la distancia, ¿caerá sobre nosotros? Mas allá los árboles, desmenuzados, juntaban sus copas desesperadamente y se desunían de nuevo con igual fuerza. La chimenea de una panadería vecina y varios cortafuegos de cemento cayeron con estrépito. Por fortuna, la casa nuestra no se derrumbó aun ni tampoco otras contiguas, apesar de que crujían como si enorme mano invisible las extrujase.

¿No terminaría nunca aquella danza macabra? ¿Sería esta la despedida de un mundo para dejar el paso a otra tierra y otras civilizaciones?... No sabría decir cuánto duró aquella expectante espera de la muerte; tampoco he sabido si los sismógrafos la han registrado. Pero a mí me pareció eterna y hubiera deseado que un golpe mas fuerte nos cercenara de una vez y nos trajera el descanso.

El terremoto de Valdivia [manuscrito] Fernando Santiván.

AUTORÍA

Santiván, Fernando, 1886-1973

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

El terremoto de Valdivia [manuscrito] Fernando Santiván. 5 hojas ; 27 x 21,5 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile